Gualicho

Pablo Lombard

Sin decir agua va salimos y de a poco, me fui acostumbrando a la nueva sensación. Viajar en camión genera un vértigo inesperado, al punto que uno no pareciera ir sentado mientras avanza sino en suspensión al abrigo de la velocidad, como si se devorara insaciable todo el camino a su paso. En menos de un minuto dejamos atrás el camino de ripio que une la chacra con el pueblo, y en un abrir y cerrar de ojos, Beltrán también se nos fue de la vista para ganar la ruta y sus verdes campos, chacras con alamedas interminables y canales de aguas azules turquesas. Lamarque fue una breve impresión con su entrada custodiada por arboledas de antaño, unos kilómetros más allá la bella Pomona, su puente en arco y su rivera nos abrazaron el alma, presagiando que pronto la isla quedaría atrás. Ya lo sabíamos, pero una vez más decidimos enamorarnos.

Hasta tomar el desvío hacia Valcheta prácticamente no se escucharon palabras más allá de las necesarias. Una vez que comenzamos a transitar los primeros metros de ese camino, como profetas en su tierra, comenzaron la charla al ritmo de los mates recién preparados por Marcelo. Miguel, si bien sabía que con Elvia conocíamos el camino, comenzó a compartir cuestiones para él imprescindibles si queríamos salir ilesos de la travesía que teníamos por delante. La primera, ante nuestra atenta mirada, era el estado del camino. Teníamos por delante unos cuarenta kilómetros de asfalto. La parte sencilla del camino según sus palabras. Luego de eso, nada iba a ser igual. Comenzaba el ripio, unos ochenta kilómetros y comenzábamos a bajar para adentrarnos en el bajo gualicho, una depresión natural de dimensiones incalculables según Marcelo, que así decía sus primeras palabras en lo que iba del viaje. Pero eso no era todo, el problema no era bajar, sino hacia donde lo hacíamos. Luego de esa introducción, comenzaron a contar las historias que giraban alrededor del lugar. Según Marcelo, la misma Salamanca era una de las cuevas perdidas en los confines de su gran salina. El diablo en una de sus extrañas formas se escondía allí, rodeado de una multitud de velas que jamás se apagaban como almas en pena atrapadas en lo que parecía

ser una extensión del infierno en la tierra. Se decía por lo bajo en el pueblo que algunos guitarreros, los que habían alcanzado la excelencia sobre todo, antes habían pasado por la salamanca ofreciendo su alma a cambio de los dotes necesarios para dominar la criolla. "A los hermanitos Gonzales les hizo precio" cerró Marcelo con una risa socarrona. Miguel en cambio, no estaba del todo convencido de la existencia de esa cueva pero sí de las múltiples formas en las que el diablo se presentaba en ese temible lugar, por ejemplo el Tue Tue. Un extraño pájaro que no se dejaba ver jamás pero que se distinguía por su canto, emitiendo el sonido que le había dado su nombre. El asunto con esta ave no era menos tenebroso. Era el mismísimo diablo que se anunciaba sin poder ser visto para aparecer al otro día en forma de humano ante quien lo hubiera escuchado. Pobre de aquel desprevenido que ante esta aparición no le ofreciera un mate, la eterna soledad de la penumbra del infierno lo esperaría.

Los verdes fueron quedando atrás rápidamente para darle lugar a los amarillos. El paisaje de estepa se adueñó de todo y la ruta pronto nos hizo sentir la soledad de ser los únicos que la transitaban. El camión avanzaba con ritmo acompasado y yo desde mi lugar al lado del conductor solo podía mirar el cuenta kilómetros, calculando en cada momento cuantos faltaban para llegar al fin del asfalto. Faltaban treinta kilómetros, en unos minutos veinte y más rápido de lo que yo hubiera esperado, diez. Todos hablaban de cualquier cosa, como si la charla previa no los hubiera mosqueado. <Allí está el fin del asfalto> dijo Marcelo señalando el horizonte. Miré presuroso el cuenta kilómetros para corroborarlo, y si, solo restaban quinientos metros. Comencé a pensar que nada bueno nos esperaba.

Gualicho.

Tan pronto como el ripio se adueñó del camino comenzamos a bajar. Es difícil describir un lugar de esa magnitud más allá de las sensaciones a flor de piel.

Solo podría decir que lentamente su magnitud nos rodeó y una nube de polvo levantada por el paso del camión comenzó a perseguirnos. La vegetación se hizo cada vez más seca y el aire en el interior del camión se volvió más denso. Miguel se calló de inmediato y concentró toda su atención en el camino que estaba a la miseria. La cabina del camión parecía un pinball, íbamos a los saltos limpios, rebotando como pelotitas. Avanzamos unos veinte kilómetros y comenzó a mostrarse algo preocupado, sin soltar el volante, dio varios golpes con su mano en el tablero del camión a la altura del indicador de combustible hasta que finalmente decidió parar a la mitad del camino a falta de banquinas. Miguel y Marcelo bajaron de un salto y se perdieron en la columna de polvo que sobrepasó al camión hasta hacerlo desaparecer del paisaje. Unos pocos segundos después, con Elvia decidimos bajar a ver qué sucedía. La tapa del tanque de combustible ya no estaba, de seguro se había caído por el estado del camino y solo quedaba casi la mitad del gas oil. Si bien eso alcanzaba para llegar a Valcheta, no podíamos seguir así, ya que el resto podía perderse de la misma manera. Comenzamos a buscarla en las proximidades del camión pero nos dimos cuenta que podría haberse caído mucho antes del lugar en el que nos detuvimos. Ellos no decían nada, sus caras de preocupación lo transmitían todo. Decidieron hacer unos kilómetros en marcha atrás a baja velocidad a ver si la encontraban ya que una tapa color negra debía verse en el polvillo blanco del camino, mientras nosotros buscábamos en las cercanías del lugar. Nos separamos y sin querer nos adentramos de a pie en la vegetación. La vista era desoladora, ni huellas de animales había. Me detuve, pensé en las historias que había escuchado, no quise hacer movimiento alguno y de repente me sentí observado como una presa a la cual están acechando. El silencio lo dominó todo hasta que a mis espaldas escuché: <Tue, Tue> y a pesar de que el sol ya casi estaba en lo alto del cielo, un intenso frío me recorrió la espalda hasta llegar a la nuca. Me quedé ahí, inmóvil, helado del miedo en el medio del vasto monte.

Un instante después por delante mío apareció Elvia entre la vegetación. <Vamos que ahí volvieron con el camión> dijo sin dar muestra alguna de haber escuchado nada, y sin demasiados peros la seguí e hicimos algunos pasos para llegar al camino dejando atrás las jarillas y los alpatacos que nos rodeaban. La tapa seguía sin aparecer, por lo que Miguel decidió utilizar una vieja camisa como tapón. Subimos al camión y rápidamente retomamos el viaje hacia Valcheta. El silencio se adueñó de la cabina nuevamente. La expectativa estaba puesta en el tanque de combustible. Recién cuando pasaron unos cuantos kilómetros y pudimos comprobar que el nivel del mismo era razonable, la charla empezó a aflorar nuevamente. < ¿Sabes preparar mate? > Me preguntó Marcelo, <Si>, dije sin terminar de entender el por qué de su interés.

Llegamos pasado el mediodía, bastante después de la hora en que nos esperaban. Nos abrazó la tranquilidad del hogar y pronto el día se nos fue en actividades de familia y recorridos por el campo. Tal fue así que pronto la noche se hizo notar en la baja temperatura. Cenamos en la gran mesa del quincho y uno a uno fuimos impulsados por el frío hacia el interior de la casa en busca de las habitaciones que nos habían sido asignadas. El cansancio del viaje nos pasó factura y ni bien nos acostamos, nos hundimos en un profundo sueño.

Tue, Tue.

Me desperté creyendo escuchar otra vez su canto. Era de madrugada, todavía el sol amagaba con insinuarse al este al pie de la alameda contigua a la tranquera del campo.

La duda del entre sueño me invadió, no sabía si había soñado aquel sonido o si era real. Decidí levantarme para ver si eso sacaba de mi cabeza esas ideas locas que con seguridad no me dejarían seguir acostado, y mucho menos dormir. Eran casi las seis de la mañana, pronto amanecería, no tenía sentido seguir durmiendo,

no lo podría hacer. Me dirigí a la cocina en busca de algo para desayunar, pensé que quizás luego de hacerlo podría salir a caminar por el campo y calmarme un poco. El silencio absoluto reinaba los laberintos de pasillos de la vieja casona y todos dormían a pata ancha. Llegué a la cocina con los últimos rastros de valentía que me quedaban después de todo el camino en penumbras. Para desayunar sólo había mate o té, y una enorme galleta de pan. No es que me considerara un cobarde pero dadas las circunstancias me incline por lo primero. Puse la pava y en unos minutos salí al quincho de la casa para arrancar la cebada. Tamaña sorpresa fue la mía cuando al salir me encontré a un completo desconocido sentado a la mesa. Muy bien vestido y en silencio clavó su profunda mirada en mí. Amagué con detener mi paso pero seguí, apoyé la pava en la mesa y sin titubear cebe un mate y se lo ofrecí. En silencio agarró el mate, lo tomó, se paró, y rodeando la mesa pasó junto a mí para dejar el mate justo al lado de la pava. Nunca dejó de mirarme, yo no me moví. Sin mueca de expresión alguna, luego de dejar el mate metió su mano en el bolsillo y sacó algo para ponerlo en la mesa junto al mate. <Esto se les había perdido> dijo, al tiempo que la tapa de combustible del camión quedaba en la mesa. Sin más, se fue.

Amaneció.